

vencida la Asamblea, se destrozaba la legalidad para ser reemplazada por fugaz demagogia, inevitable precursora del Cesarismo; y vencida la Comunidad, perdía mucha cantidad de la sangre más ardiente de sus venas el antiguo partido republicano. En esta convicción, en este sentimiento no dejaban ningún día de apremiar á la Asamblea para que decretase las elecciones municipales de París ni al Gobierno revolucionario de París á la vez para que aplazase las elecciones. En este litigio ganaron ocho días y en estos ocho días impidieron que la Guardia nacional de la ciudad, los cien mil hombres armados allí, se lanzasen como un alud sobre Versalles y aplastaran al Gobierno.—¿Qué podía oponer en aquellos días el Poder Ejecutivo de la Asamblea al poder revolucionario de la Comisión central? Cuarenta mil hombres. ¿Pero qué cuarenta mil hombres? De los que en las alturas de Montmartre se habían con tal furia indisciplinado: rotos, vencidos; gente allegadiza; trastornados por el viento revolucionario; indóciles al yugo militar; enemigos de la Asamblea y del Poder Ejecutivo; dispuestos á levantar sus culatas al aire y á perderse en el torrente de la revolución, al cual como

que les arrastraba el vértigo de aquellos terribles días, y el relampagueo de la pública conciencia. En tales horas, cuando la Comunidad no había caído en el descrédito, ni la opinión de la capital en las angustias que más tarde llegaron á sobrecogerla; cuando Francia estaba indecisa y perpleja; cuando la Asamblea misma temblaba y el Gobierno sentía veleidades de conciliación; no bien seguro el ejército, no bien impuesta la ordenanza, una salida impetuosa, una marcha rápida, un ataque entusiasta hubieran decidido el tremendo conflicto á favor de la revolución y hubieran acabado con los poderes regulares bajo el talón de la victoria. Pero los ocho días le dieron al Gobierno tiempo y respiró; le llevaron á su lado Francia; le permitieron traer tropas de refresco más disciplinadas y más seguras; en realidad, le prepararon á la resolución suprema del conflicto. Las negociaciones dieron al Gobierno de Versalles todo lo que el Gobierno de Versalles podía desear; que la revolución no le atacase mientras la revolución era fuerte. Salvado este primer conflicto, el combate era seguro y segura la victoria.

CAPITULO XCII.

EL ROMPIMIENTO.

Varios accidentes encendieron los ánimos, ahondaron los abismos. En una gran parte de París, sobre todo, en el centro dominaban los elementos conservadores de la República, los más dispuestos á combatir la irrupción de aquella demagogia. Estos elementos no se encontraban desarmados. Al contrario, tenían fuerzas de la Guardia nacional á su servicio, y contaban con la parte más rica, y después de todo, más liberal de la ciudad. Disponíanse, pues, á la resistencia, y trataban de apurar todos los medios pacíficos que pudieran haber á las manos antes de entregarse á los medios supremos de fuerza y de violencia.

El primero y segundo distrito de París resuelven oponer alguna resistencia á la dictadura de los comuneros y á las arbitrariedades de su Comisión central. A las diez de la mañana del veintiuno de Marzo reuníanse varios jefes de batallones amigos del orden y de la conciliación. El programa de estas reuniones podía fácilmente cumplirse por su sencillez y por su claridad. En política sole-

mos ser los latinos demasiado ambiciosos é impacientes. Somos ambiciosos, porque nuestros programas han de contener desde ideas abstrusas de metafísica y religión hasta organizaciones políticas perfectas, y las consecuencias económicas y sociales que de estas organizaciones se derivan; y somos impacientes, porque después de haber trazado una constitución ideal, con todas sus derivaciones y todas sus armonías, perfectamente encadenada y lógica, saliendo de nuestro cerebro como Minerva de la olímpica cabeza de Júpiter, hecha y derecha, armada de su lanza y ceñida con su casco, todavía exigimos con imperiosa exigencia su realización y cumplimiento con la rapidez misma de la idea. Y la política, ó no es nada, ó es el arte de realizar un ideal. Y la realización del ideal requiere dos condiciones, que son como dos leyes de este portentoso trabajo, mucho tiempo y mucho método. Sin tiempo, todas nuestras improvisaciones son efímeras. Sin método, al realizar un día y de una vez obras, que exigen preparación, precedentes, términos encadenados

y anteriores series, las malogramos; y lo que ganan por consecuencia en universalidad y brillo, lo pierden ¡ay! en solidez y duracion. Por eso delante de aquel programa ambicioso de la Comision central que no sólo proponia superar las dificultades insuperables de lo presente, sino resolver el problema social para lo venidero, se presentaba como una perfecta antítesis, el programa sencillo y práctico de los amigos del orden que se proponia reunir la Milicia nacional de los distritos primero y segundo, entregarle la guardia de los correspondientes edificios públicos, sobre todo de los municipales, y oponerse con resuelta oposicion á elecciones no convocadas por los poderes legítimos, únicos de títulos bastantes á reunir y consultar los intérpretes de la voluntad nacional. Así trazaron una proclama reconociendo en la Asamblea francesa la autoridad legítima, y emancipándose de la tutela ejercida sobre ellos por el poder improvisado y revolucionario de la Comision central.

Las alcaldías fueron puestas en estado de defensa. El barrio de la Bolsa, que comprende una parte considerable de París, y edificios de gran resistencia, verdaderas fortalezas, se encontró bien pronto fortificado y advertido, notándose por todas partes resoluciones á una decidida defensa. La alcaldía de Saint-Germain Auxerrois, dominada por el Louvre en poder de los comuneros, á medio camino entre la Casa de la Ciudad y la Plaza de Vendome, núcleo de la insurreccion, á la verdad, no podia oponer una gran resistencia. A pesar de esto el entusiasmo era grande, el temor poco, la defensa necesaria, y un comandante del primer batallon se resolvió á defender aquel punto aun despues de reconocerlo indefendible. La calle de Rívoli, por donde habian de pasar los defensores del orden y los emisarios que la Comision central habia de mandar desde la plaza de la Greve donde residia el Gobierno hasta la plaza de Vendome donde residia el Estado

mayor de la Milicia; la calle de Rívoli presentaba un aspecto desacostumbrado y extraño. De un lado la Guardia nacional del Centro; y de otro lado los emisarios de la Comunidad, á caballo, con sus camisas rojas, sus plumas al aire, siempre á galope, dándose aires de titiriteros de circo ecuestre más que de defensores y mantenedores de una gran idea y una gran ciudad. Muchos de ellos lucian una condecoracion roja con vivos negros, por amor de parisien á las veneras, y por distinguirse como miembros de un cuerpo especialísimo que se llamaba de húsares de la muerte. A pesar de este pretencioso título y de esta aspiracion al martirio, en cuanto los Guardias nacionales de orden les intimaron la rendicion, se entregaron de seguida, sin acordarse para nada de la muerte. Y no capturaron los versalleses solamente estos correos, sino los carretones de víveres, con lo cual quedaron los gendarmes de la Casa de la Ciudad ayunos, falta que enmendáran á tragos.

Al amanecer, por todas partes se veian muchachuelos que iban corriendo de cuerpo de guardia en cuerpo de guardia; cantineras que habian pasado la noche en las calles y que se despertaban mal humoradas; guardias nacionales del centro y guardias nacionales de los barrios que se dirigian miradas de mútuo horror; titiriteros que entretenian á la gente ociosa con sus manipulaciones y su charla; buhoneros que improvisaban ferias ambulantes; y nubes de mendigos que interceptaban á los viandantes y mostraban al vivo las profundas llagas sociales. A esto se unian muchas manifestaciones. El dia veintiuno de Marzo la hubo imponente, á pesar de ser expon tánea. Un grupo se reúne en la plaza de la Opera y se lamenta de las desgracias de Francia. Tras cinco meses de sitio París amagaba con caer en largos años de demencia. Lo inútil de las lamentaciones vanas y lo necesario de la accion rápida se revelaba palpablemente. Para formar la opinion no hay como decidirse

á ser un núcleo. Uno de los más decididos saca vistoso estandarte en que iba escrito con letras gordas este lema visible: «Reunion de los amigos del orden.» Un soldado de línea, que dependia de la casa de Siraudin, el confitero vaudevillista de la calle de la Paz, que fué en otro tiempo colaborador de Rochefort, llevaba el pendon del orden. Al salir no eran más que veinte personas. Desde la plaza del nuevo teatro de la Opera se encaminaron por la línea de los boulevares á la calle de Richelieu. Las ventanas se abrian, las gentes se asomaban; vivas al orden, á la Asamblea, á la nacion se oian por doquier. Entonces ya eran los manifestantes muchos más de mil. En la plaza de la Bolsa un capitan quiso detenerlos, á la cabeza de su compañía. Pero al verlos tan decididos y tan resueltos, como el valor siempre avasalla, en vez de apuntarles sus armas con odio, se las presentaron subyugados y con la mayor reverencia. Despues de haber recorrido las calles vecinas á la Bolsa desembocaron nuevamente en el boulevard donde su presencia despertó el más vivo entusiasmo. No hay para hacer prevalecer una política sensata como el valor de mantenerla tenazmente. Y en las épocas de vértigo social nada tan raro como el valor cívico que acierta á sacrificarse por mantener el orden público. La necesidad de este bien era tan grande que los osados á pedir su inmediata satisfaccion contagiaban hasta sus mayores enemigos; y en tales términos que los comuneros adscritos á la alcaldía de la calle de Drouot, corrieron á coger sus armas para detenerlos y acabaron por presentarlas para reverenciarlos. Allí, sin embargo, temiendo algunos manifestantes ser tenidos por reaccionarios cuando en su alma presentaban rendido acatamiento á la libertad, á la democracia, y en aquella hora suprema pugnaban por defenderlas y por salvarlas: al pié de la inscripcion «A los amigos del orden» pusieron la inscripcion de «Viva la República.» Así recorrieron las calles más largas, los

sitios más concurridos, engrosando con las gentes encontradas al paso su manifestacion, y oyendo en todas partes plácemes y aclamaciones. Lo más arriesgado de la empresa y lo más peligroso del camino quedaba todavía; la plaza de Vendome, donde se reunian los delegados de la Comision central y donde se apostaban los batallones más comuneros. En cuanto avistaron la manifestacion se encararon con el director intimándole que se encaminase al Estado Mayor de la Milicia. Rodeados de guardias nacionales, algunos de ellos disgustados, pero otros muchos pacíficos, se aproximaban tranquilamente en obediencia á la orden dada, cuando sale al balcon un jóven, vestido de paisano, con banda roja al hombro, rodeado de multitud de oficiales superiores, vestidos todos de vistosísimos y aun abigarrados uniformes. Quiso el jóven de la banda hablar y todos le escuchaban. Pero en cuanto dijo que iba á hablar á nombre del Comité central, una salva de carcajadas, de silbidos, de protestas, de exclamaciones burlescas, de vivas al orden y á la República acogió sus palabras y las ahogó en tales términos que desconcertado y confuso dejó seguir la procesion cívica sin oponerle ni siquiera con amenazas la más mínima resistencia.

Pasó despues de esta escena los puentes y se encaminó al aristocrático barrio de San German, donde encontró la misma acogida entusiasta que en los otros barrios. Do quiera iba, los balcones y ventanas se abrian, las gentes se agolpaban en grandes grupos, los vivas más nutridos y entusiastas se oian, los guardias nacionales presentaban las armas, asociándose la poblacion entera á estos votos de paz tan en armonía con las universales aspiraciones. Sólo despues de haber pasado desde el boulevard de San Miguel al boulevard de Estrasburgo, al torcer hácia el boulevard de la Buena Nueva, sucedió desagradable escena. Un revolucionario de gaban gris y sombrero tirolés se encaró con el que llevaba el estandarte de los amigos del orden